

## EN EL GOLGOTA

Por todos los insultos injuriado  
y transido por todos los dolores,  
el Nazareno al Gólgota ha llegado  
seguido de sus fieros opresores.

Resplandece tranquilo su semblante  
y cual tierno y mansísimo cordero  
espera silencioso el cruel instante  
en que claven su cuerpo en el madero.

Un bárbaro verdugo le despoja  
de sus vestidos y en la Cruz le tiende...  
Y a cada golpe que el martillo lanza,

la sangre de Jesús, fecunda y roja,  
salta del corazón y el faro enciende  
de la *Fe*, del *Perdón* y la *Esperanza*!

## SAETAS

Por enlutarse en tu duelo,  
al contemplar tu martirio,  
en la soledad del cielo  
el sol apaga su cirio  
y te llora sin consuelo.

La luna va caminando  
por los celestes senderos:  
como Tú, va suspirando  
y por tu Hijo rezando  
su rosario de luceros.

En el silencio se oía  
como una trova de amor  
de celestial melodía,  
perdones del Redentor  
y suspiros de María.

MANUEL MONTERREY

## MAURIAC Y SU MUNDO EN SOMBRAS



El premio Nóbel de Literatura de este año ha venido a sancionar ya sin posibilidad de apelación la obra del novelista francés François Mauriac.

La prensa mundial y en especial las publicaciones literarias han puesto de relieve los valores de la producción de este escritor a quien se considera como el más destacado novelista católico de esta hora.

Y lo curioso del caso es que es precisamente del campo católico de donde han surgido las más considerables y destacadas reservas sobre la obra del escritor galo. Porque nadie duda de su catolicismo, respaldado al parecer por una indudable, permanente y efectiva adhesión a la comunidad católica a la iglesia. Mauriac es efectivamente un católico novelista.

Pero lo que ya se duda es que sea un novelista católico, es decir, que su obra sirva los intereses católicos moviéndose no sólo desde los supuestos de una ortodoxia integral, sino con una intención y por procedimientos artísticos católicos. Porque ser novelista católico quiere decir en efecto, serlo íntegramente: en la inspiración, el estilo y la finalidad.

Se ha dicho, y esto resume acertadamente la obra de Mauriac, que sus tipos son seres que hundidos en el barro miran al cielo y se discute, naturalmente, si por aquello que tienen de hundidos y por la objetiva fidelidad con que el artista los retrata en tan peligrosa situación, no pierde el catolicismo que gana cuando los levanta y limpia en la mirada.

Naturalmente hay aquí trascendentales cuestiones que afectan nada menos que a profundos y delicados problemas teológicos y estéticos. Por aquí se desemboca fácilmente en los problemas de la culpa originaria y el empecatamiento del hombre, del optimismo y del pesimismo, con sus acentos católico y luterano; en el problema del arte por el arte o del arte intervenido por límites de ejemplaridad... Todo un mundo de cuestiones sobre las que el pensamiento ha realizado largas y espinosas meditaciones siempre en trance de nuevos planteamientos.

Pero hemos de orillar en este comentario tan últimas perspectivas y contentarnos con una reducción a mínimo del problema. Porque además del imperativo circunstancial del comentario, el novelista exige por la propia índole de su obra un comentario de circunstancias, de su circunstancia.

El novelista es, en efecto, un artista que forma, no un ser divino que crea. Que forma... o que conforma. Porque la limitación del novelista no le viene sólo de que ha de tomar sus materiales de aquello que la vida le ofrece, de lo que vitalmente está próximo y así puede vitalizar, de lo que tiene a mano y a sus manos, lo que puede formar, sino que al formarlo tiene que conformarlo atendiendo a lo que el público, para quien escribe, exige por razones de capacidad y gusto, pues toda obra de arte es expresión y toda expresión, si es de alguien, es tanto o más para alguien.

Por eso, porque no es entera la libertad del artista, porque no crea ni inventa, sino toma, modela, reviste y conforma lo que la vida le ofrece y lo trata a la vista de unas exigencias de fidelidad objetiva y de criterios sociales y de público, no es total la responsabilidad del artista. No es ciertamente toda la responsabilidad de Mauriac si sus personajes son seres hundidos en el barro, porque así los encuentra y así gustan.

En los personajes de Mauriac hay efectivamente toda una concepción pesimista de la vida. Pesimismo que se edifica sobre la seguridad y el poder de la triple concupiscencia: del mundo, del dinero y de la carne. La categoría social, el «gran», no el «buen» parecer triunfa en algunos de estos seres sobre toda otra consideración moral y aun religiosa. Así describe a una anciana moribunda: «Con la vista extraviada pensaba en la agonía, en la muerte, en el juicio final, en la partición de sus propiedades». «Una enumeración, comenta Mauriac, cuyos términos están colocados por orden creciente de importancia». Y en inversión jerárquica de aquella evangélica ordenación de intereses que son el sello de la divinidad de Jesús. Después de la categoría social, el dinero: «Asqueroso dinero — exclama otro de sus personajes —. Odio el dinero porque nos domina. No hay solución. He reflexionado sobre todo eso: no escaparemos a la tiranía del dinero». El abismo llama al abismo y en esta condenación dramática hay una decidida y violenta entrega a la propia condenación. Náusea y vómito de sí mismo en el pecado que se condena. Pero sobre toda otra miseria, la miseria de la carne. Miseria que alcanza a todo hombre, miseria universal. De todo personaje real puede hacerse este asco que Mauriac hace de ciertos personajes de novela: «Qué tristes son. Se debaten sobre la misma tierra entre los excrementos de las gallinas. ¿Por qué apartar la mirada?. Contémplalos, alma mía: en el costado del guardabosque, en el costado de la mujer, sangra la vieja herida del pecado original». «Las tentaciones más monstruosas merodean en todas las familias que describe Mauriac — ha dicho otro crítico —. Los hermanos y las hermanas se espían, se anhelan. Las esposas y los maridos, compañeros de fatigas, desesperados y hostiles, se destroran las almas a cuchillazos».

No cabe duda de que es un mundo sucio y lastimoso el mundo de los seres de Mauriac y que por hallarlo así no es suya totalmente la responsabilidad de tintes tan sombríos.

Pero también es cierto que el ojo del artista es un ojo rico, parecido al de esos insectos que presentan innumerables planos y por

ello innumerables perspectivas. Y así el artista dentro de aquellas determinaciones tiene un anchísimo campo de selección y enloque. Y en él se ejerce su responsabilidad pues se ejerce su libertad. Los hombres presentan siempre no sólo propensión al pecado, empecatamiento, sino positivas faltas reales y efectivas caídas. Pero en todo hombre, en cada hombre, resta siempre como rescoldo de su divino origen y llamada interior a su destinación divina, una chispita de luz y de esperanza, ese angostísimo y recatado reducto donde queda siempre con un mínimo de conocimiento y un mínimo de capacidad de autodominio, algo de libertad, ese tremendo regalo que Dios nos ha hecho para que difícilmente, áspidamente merezcamos acercarnos a su espera. Mientras hay vida hay esperanza y el hombre no ha muerto del todo hasta que no ha perdido la vida propia, la vida que él tiene que hacerse, la vida que Dios le permite y le manda vivir recatando su presencia para que haya lugar al mérito, pero manteniéndola para que la perdición no se consume si el pecador no se obstina en consumarla.

Cierto que ya vió esto Mauriac y lo ha venido viendo en su larga obra y rico mundo. «Una fiera y un pobre corazón» hay para él en cada hombre. Y si en la primera época de su producción acentuó tremendamente lo inhumano, lo sucio, lo desgraciado, intentando así pintar al mundo alejado de la Gracia, la grave crisis que sintió en cuerpo y alma le retrajo a un nuevo planteamiento de su concepto del hombre y de la vida, a una nueva dosificación de sombra y luz. Para que Mauriac haya cambiado aquel título primitivo de los «Souffrancés de Chrentien» por el de «Souffrancés de Pêcheur» y sobre todo para que aparezca aquel otro titulado «Bonheur du Chretien» ha tenido que operarse en su corazón un cambio con sangre, una personal conversión. Y entonces entre las sombras de la corrupción y de la maldad, brota la luz de la santidad que no muere, sino espera.

Pero esta luz de santidad no nace en Mauriac de la inspiración, sino del propósito. «No es posible — dirá — purificar los manantiales». El manantial es su modo de ver, su toma de materiales, su selección de colores de entre la rica policromía con que la vida canta su inextinguible e inabarcable variedad. El ha dicho: «En cuanto me pongo al trabajo todo se colorea según mis colores eternos. Mis personajes penetran en la luz sulfurosa que me caracteriza: no la definiendo contra los detractores, pero es peculiarmente mía».

Pero ahora tras la crisis añade: «El ennoblecimiento de una naturaleza sin nobleza es posible. No existe para el hijo del hombre ningún caso desesperado». Mauriac no puede — así «no puede» — dejar de inspirarse en el dolor y en el pecado, como si los numerosos posibles planos de reflexión visual hubieran quedado limitados a los planos capaces de sombra y de miseria. Mauriac tiene un enoque monocular y su mundo es unidimensional: caído y desgraciado. La posibilidad de salvación, el rayito de luz que la penetra viene impuesto desde arriba, desde el plano espiritual de la concepción católica y la piedad y caridad cristianas. Mauriac «ve» al mundo en

pecado. Pero «sabe y quiere» que la Gracia haga posible la salvación y lo que el arte ensombrece lo salvan la fe, la esperanza y la caridad.

Es discutible ciertamente, la obra literaria de Mauriac desde las perspectivas que han ido abriendo estas consideraciones.

El artista tiene un ojo rico, hemos dicho. En el hombre más caído y en la época histórica más empecatada restan siempre valores de salvación. De salvación sobrenatural y terrena. De santidad y aprecio. La inspiración puede así ejercerse o tomando fácilmente las desgracias que son el bulto, o buscando difícilmente, trabajosa y amorosamente la gracia oculta, la virtud escondida, la santidad que espera. Desde el punto de vista del arte será indiferente exaltar una u otra belleza. Desde el punto de vista moral y religioso, bien clara viene la orientación. Ya dijo Goethe: «Cuando tomamos a los hombres tal y como son, los hacemos peores que lo que son; cuando los tratamos como si fuesen lo que debieran ser, los ponemos en camino de llegar a ser lo que deben». Y Cristo dijo: «Quién te ha convertido en juez de tus hermanos?», en lo que iba implícita no tanto la censura por la toma de justicia cuanto por el abandono de la caridad.

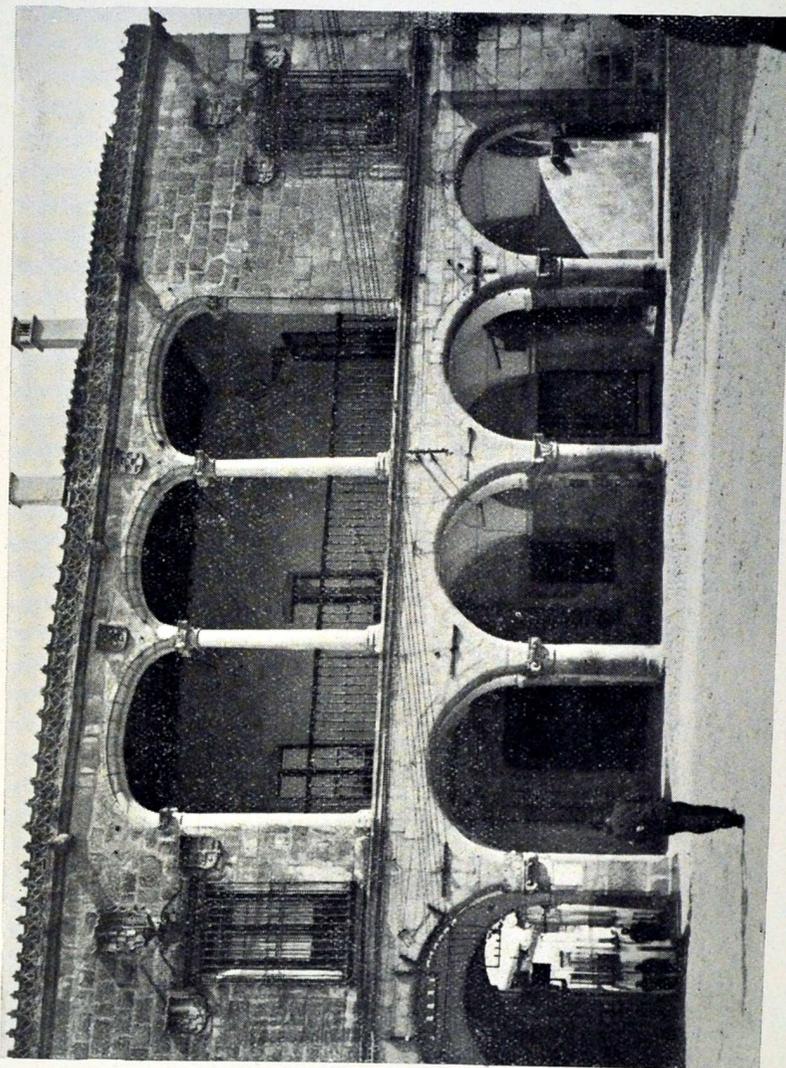
Llevar en el ojo sombra es un pecado que no borra tener en la cabeza y en el corazón luz, cuando la obra por ser de artista abunda más en colores que en verdades y en piedad. Y en definitiva la mejor manera de acabar con las sombras - y esta es tarea católica y modo católico - es acostumar a los hombres a la luz dándoles espectáculos de luz.

SANTOS SANCHEZ-MARIN PANIAGUA



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono  
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.



ALBUM EXTREMEÑO. — Trujillo: Palacio del Marqués de Piedras Albas